

Hechizos de amor

Marcelo Birmajer



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 2001, MARCELO BIRMAJER
© 2001, 2010, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4595-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones (originales a color): MARIANO LUCANO

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Birmajer, Marcelo

Hechizos de amor / Marcelo Birmajer ; ilustrado por Mariano Lucano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4595-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lucano, Mariano, ilustrador. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Hechizos de amor

Marcelo Birmajer

Ilustraciones de Mariano Lucano

loqueleg

PRÓLOGO

Siempre he pensado que los más difíciles problemas humanos deben ser afrontados con voluntad e inteligencia. Voluntad para hacer frente a las adversidades; inteligencia para arribar con la mayor rapidez y el menor dolor a la solución. Con voluntad e inteligencia los hombres han curado enfermedades mortíferas, han modificado sistemas sociales y han llegado a la imposible Luna. Pero esta convicción, que me acompaña desde que tengo memoria, no es aplicable a los problemas de amor. Cuando nos enfrentamos a una dificultad amorosa, de nada sirven la voluntad ni la inteligencia. Esa es mi sincera opinión. Con la voluntad no lograremos que la mujer que amamos nos ame también, ni podemos usar la inteligencia para olvidarla. Yo he visto a las chicas más voluntariosas llorar por el chico que las engañó, y a las más inteligentes ser rechazadas por chicos tontos. Uno puede entrenar todos los días para correr cada vez más y mejor, pero no existe gimnasia que nos permita olvidar a una persona. Si

tal gimnasia existiera, seguramente yo no podría haber escrito muchos de los cuentos que hoy forman este libro. Porque muchos de los relatos tratan sobre amores que me hicieron sufrir, y hubiera preferido, en su momento, olvidarlos antes que escribir un cuento.

Pero lo cierto es que se convirtieron en cuentos.

Como ni la voluntad ni la inteligencia son eficaces para solucionar los problemas de amor, a lo largo de los siglos las personas han probado con los hechizos. Un hechizo es la combinación de elementos reales para provocar un efecto irreal. O la combinación de elementos lógicos para generar un hecho ilógico. Por ejemplo, juntar en una olla de cobre dos briznas de pasto y dos tréboles de cuatro hojas, hervirlos en sangre de murciélago y decir la palabra “caracachofa”, e inmediatamente se olvida a la mujer soñada. Tal vez la palabra “hechizo” sea una deformación de la palabra “hecho”, un hechizo es un hecho imposible que sucede.

Yo creo y no creo en los hechizos de amor. No creo que la sangre de murciélago y las briznas de pasto sirvan para olvidar a alguien; pero sí creo que, sin saberlo, combinamos dentro y fuera de nosotros una serie de elementos posibles y dan como resultado el más imposible y mágico de los

hechos humanos: el amor. El amor en sí mismo es un hechizo. Una persona puede combinar una mirada con un día nublado, dejar esos dos elementos hervir en una mirada ajena y ver surgir como resultado un destello indefinible. Un hechizo.

Cuando era chico me enamoré muchas veces, y creo que esos enamoramientos son tan graves como los de la adultez, pero mucho más divertidos. No hay responsabilidades: nadie piensa en casarse, ni en tener hijos, ni en comprar casas. Es puro amor, diversión y dolor. Son los mejores elementos para combinar y obtener como resultado el otro hechizo al que los hombres tenemos acceso: contar bien una buena historia. Espero haberlo logrado con algunos de mis hechizos de amor.

MARCELO BIRMAJER

El hechizo de Raquel

I

LA MALVADA

El club estaba rodeado por un brazo del río Reconquista, separado por una compuerta del ancho caudal de agua marrón. En nuestro pequeño trozo de río, al fondo, junto a la última cancha de fútbol, teníamos amarrados media docena de botes: durante algunas siestas, los profesores nos enseñaban los rudimentos del remo. En esas ocasiones, la compuerta estaba cerrada.

Cierto sábado a la tarde, Viviana subió sin permiso a un bote y lo desamarró. Viviana era una mala persona: pellizcaba a los más chicos y a los nuevos, contaba chismes dañinos y acusaba falsamente. Era muy linda: tenía el pelo castaño y una naricita respingada. Pero los ojos le brillaban de un modo desagradable.

En aquel momento la compuerta estaba abierta y el río la atrajo hacia el grueso de su caudal,

sin dejarla remar. Pasó a mi lado pidiendo auxilio. Salté la pequeña baranda amarilla y caí sobre el bote, haciéndolo tambalear peligrosamente.

Cuando tomé uno de los remos, ya era tarde. Habíamos atravesado la compuerta y nos internábamos en el Reconquista.

II

EL ENCUENTRO

Viviana lloraba y yo trataba de averiguar dónde estábamos. De pronto aparecimos bajo un frondoso techo de plantas anudadas, como un túnel vegetal, apartado de todo. Vi pasar un camalote en el que iba montado un mono.

Miré a Viviana, paralizada. Pero no de miedo: parecía una estatua. No respiraba. Estaba sentada erguida y sosteniendo el remo, con los ojos abiertos e inmóvil. Frente a mí, surgió otro bote con otra Viviana. ¡Sí, otra chica, igual a Viviana!

“Me volví loco”, pensé, “es un espejismo”.

—Me llamo Raquel —me dijo la otra niña—. Soy buena y dulce. Cambiame por esta chica mala y amarga. Llévame al club con los niños vivos.

E inmediatamente me dio un largo beso sobre los labios, con el que me confirmó que toda su declamada ternura era cierta.

—No puedo —dije—, Viviana es Viviana.

—Vengo de un mundo donde todos somos buenos. Pero allí no hay frutillas, ni chocolates; ni películas, ni juegos. Si dejás a la niña mala aquí, yo podré regresar contigo.

—No puedo —repetí.

—Si alguna vez consigues una niña lo suficientemente mala como para cambiarla por mí, ¿vendrás a buscarme?

—No puedo —respondí, en trance, por tercera vez.

—Entonces vendrás a visitarme a mi mundo —me dijo.

Y con un dedo empujó nuestro bote.

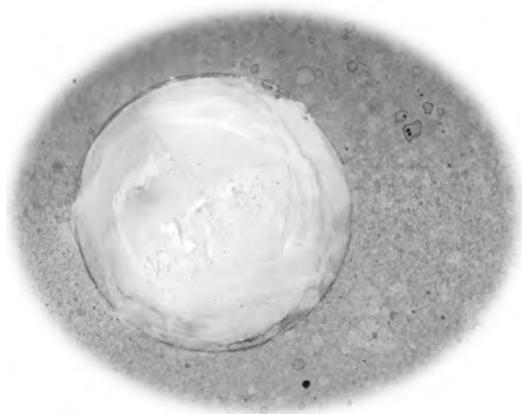
III

EL REGRESO

Como empujado por un viento milagroso, el bote regresó exitosamente al club. Cuando atravesamos la compuerta, Viviana recuperó la vida y comenzó a burlarse de mí, no sé por qué motivo. La ayudé a bajar del bote y nunca conté nada.

Desde entonces, muchas noches he tenido la tentación de llevar a alguna persona a aquel rincón misterioso de El Tigre, para cambiarla por Raquel. Pero siempre lo he evitado.

Tal vez porque guardo la esperanza de visitar alguna vez a Raquel en su mundo.



El hechizo de Nadia

I

SU ATENCIÓN, POR FAVOR

Siempre éramos los mismos en el club de El Tigre al que yo concurría todos los veranos. Pero ese año apareció una chica nueva: Nadia. Era morena y tenía el pelo atado en dos colitas. Tal vez porque no la había visto nunca, me enamoré perdidamente. Junté moras para ella y armé un fuego prohibido, de noche, en los fogones del fondo. La saqué a bailar en los asaltos e hice un largo bajo el agua para que se fijara en mí: emergí violeta pero feliz.

Cuando todos los conocidos se burlaban diciendo que yo era un “arrastrado”, Nadia aceptó hablar conmigo a solas un sábado a la nohecita, junto a las canchas de vóley desiertas.

II

LA CONVERSACIÓN

La aguardé ansioso y con dos capas de repelente para que no me comieran los mosquitos. El cielo todavía estaba celeste, pero ya habían salido la Luna y la primera estrella. Nadia llegó y, aunque no olía a repelente, los mosquitos no se le acercaban.

—No puedo ser tu novia —me dijo mirándome con esos ojos que me recordaban sabores de frutas que nunca había probado.

—¿Por qué? —pregunté como si ya me le hubiese declarado.

—Tengo cincuenta años —dijo Nadia.

Me reí y después la miré enojado. Se estaba burlando de mí.

—Tengo cincuenta años —repitió—. Un brujo me hechizó.

—Me voy —le dije. Pero no me podía mover.

—Soy hindú —me dijo Nadia—. Mis padres me comprometieron con un chamán cuando tenía once años. A los quince debía casarme con él. Cuando cumplí quince, me negué a aceptar el compromiso. “Si no quieres aceptar tu adultez”, me dijo el chamán, “tendrás once años toda tu vida”. Con un pase de magia me regresó a los